

Filipenses 2:5-11

Sermón Filipenses 2:5-11 Domingo de la Pasión 2016 Dt.
32:36-39; Lucas 23:1-49

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2:5–11)

Al comienzo del segundo capítulo de la Carta a los Filipenses, Pablo identifica una de las más grandes necesidades en la vida de la congregación cristiana, la actitud de humilde servicio que debe caracterizar a los seguidores de Cristo. *“Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás.”* (Filipenses 2:3–4). Estas palabras inmediatamente nos confrontan con la pregunta: “¿Y cómo nos va con esto?” ¿Tenemos la falta de rivalidad que Pablo menciona aquí? ¿Ponemos realmente a otros por encima de nosotros? ¿Buscamos realmente el beneficio o provecho de los demás tanto o más que el de nosotros mismos? Si la respuesta de ustedes es como yo tengo que responder a estas preguntas, tenemos que confesar que estamos lejos de ser lo que Dios espera de nosotros. Y si eso es el caso, nosotros también tenemos que clamar todavía: Dios, ten piedad de mí, que soy pecador.

¿Pero cómo podemos escapar el juicio por nuestro pecado, incluyendo el pecado de poner a nosotros mismos en primer lugar y así descuidar el beneficio de los demás? Nuestro texto nos muestra no sólo dónde encontrar el perdón, sino también cómo encontrar el impulso para vencer nuestras actitudes pecaminosas. Vemos a Cristo, el más grande ejemplo de no insistir en su propio beneficio. Veremos que porque él buscó nuestro beneficio nosotros recibimos perdón por nuestro

egoísmo. Y veremos que porque él buscó nuestro beneficio, encontramos también poder para seguir el ejemplo de Cristo.

Hemos visto nuestro propio fracaso en poner a otros en el mismo nivel o más altos que nosotros. Pero Pablo comienza nuestro texto animándonos a hacer precisamente eso. ¿Pero cómo lo podemos hacer? La respuesta está en el gran ejemplo que pone ante nosotros para motivarnos en nuestras acciones. Nos anima: “*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*”.

¿Cuál es esa actitud que hubo en Cristo Jesús? Pablo dice: “*Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo*”. El de que se habla es Cristo Jesús, precisamente el que el Padre designó para ser el Redentor y Salvador de los pecadores. Es Cristo, aquel que Dios envió y designó, el Mesías prometido. Es Jesús, así como se anunció su nombre a su madre aun antes de nacer: “Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo” (Lucas 1:31-32). A José se le reveló que María “dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Así que el de quien Pablo habla aquí y pone como modelo para nosotros es mucho más que sólo un modelo. Es nada menos que el Hijo del Altísimo, el verdadero Hijo de Dios, pero nacerá como un ser humano de la virgen María. Y en esa humanidad proveerá salvación para los seres humanos.

Si había alguien que no habría tenido que humillarse, sino podría haber exigido por derecho que todos sirvieran a él y lo alabaran, fue Cristo Jesús. Él estaba en forma de Dios. Es un hombre, nacido de la virgen María, pero al mismo tiempo sigue siendo el Dios todopoderoso. Todo lo que pertenece a Dios le fue comunicado también a su naturaleza humana tan pronto que él, la Segunda Persona de la Trinidad, asumiera en su persona la verdadera naturaleza humana.

Pero no quiso hacer exhibición de la gloria divina que le pertenecía. De hecho, no habría cumplido la misma razón por la cual tomó nuestra naturaleza humana, que no fue buscar su propio beneficio, sino para salvar a nosotros. “*No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse*”. Aunque estaba en forma de Dios, tenía desde la eternidad la naturaleza de Dios, y aún lo tenía como el Dios-hombre, no consideraba eso algo de

que alardearse ni obligar a todos a reconocerlo con demostraciones de su absoluta autoridad. Más bien, ocultó su gloria divina la mayoría de las veces y escogió un camino muy diferente.

“Sino que se despojó a sí mismo”. Decidió no usar siempre ni plenamente lo que le pertenecía porque estaba en forma de Dios. El grado en que así se rebajó es que *“tomó la forma de siervo”*. Lejos de buscar su propio provecho y gloria, se hizo esclavo de todos, para servir sólo en su beneficio. *“tomó la forma de siervo”*. El que existía en la forma de Dios, tomó toda la naturaleza y el carácter de un siervo, un esclavo. Llegó a ser un verdadero ser humano, y no uno que ejerce el poder y vive en palacios, sino en abyecta sumisión a la voluntad de su Padre celestial, y en beneficio sólo de nosotros, él *“hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte”*. *“Se humilló a sí mismo”*. Nadie lo obligaba a hacerlo. Lo hizo voluntariamente. No estaba buscando lo suyo, sino el bien de sus hermanos, nosotros los pecadores, cuya carne y sangre él compartió. Ni siquiera buscó salvarse la vida, sino siguió su camino de obediencia a la voluntad salvadora de su Padre hasta la muerte.

No fue la muerte gloriosa de un héroe que gana con su sacrificio la fama. Más bien fue la muerte más ignominiosa que existía en ese tiempo. Fue la muerte de cruz. Fue crucificado, una muerte que sólo los peores criminales y los esclavos recibían. No había mayor vergüenza que la muerte en la cruz. Pero la vergüenza no es sólo asunto de ser rechazado socialmente como uno sin valor. El Antiguo Testamento también dice: Maldito todo el que es colgado de un madero. Maldito, quiere decir rechazado también por Dios. Y es lo que Jesús experimenta en la cruz, cuando tiene que clamar: *“Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado”*.

¿Y por qué murió así? Porque Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Incluye todos los pecados de egoísmo y de buscar sólo lo nuestro, sin hacer caso del beneficio de los demás. Incluye nuestros pecados de orgullo y pensar que nosotros somos superiores a los demás. Todo eso fue verdadero pecado, pecado que hizo que nosotros mereciéramos la muerte eterna. Pero todo eso fue puesto sobre Cristo y él pagó el precio completo. Fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y aquel que lo hizo, nuestro Señor Jesucristo, no sólo tenía la forma de un esclavo, existía también en la forma de Dios. Allí en la balanza estaba Dios mismo, que pesa infinitamente más

que todo nuestro pecado. Así ahora la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.

El resultado es que Dios Padre mismo ahora glorifica a su Hijo que sacrificó su vida en obediencia a su voluntad de salvar a los hombres pecadores. *“Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”*. El que se sometió a todo, ahora es exaltado sobre todo, también en su naturaleza humana que asumió cuando nació de la virgen María. Todos un día tendrán que reconocer su gloria y soberanía, que aquel que fue crucificado ahora es el Señor de todo. Los que creen ahora lo harán con gran gozo y compartirán su gloria. Los que lo rechazan lo harán con dolor y consternación. Pero todos tendrán que hacerlo. Se demostrará que nada ni nadie escapa la soberanía de este gran Señor a quien le es dado toda autoridad en el cielo y en la tierra.

Hermanos, nuestra esperanza es tener esa gloria en el futuro. Pero el camino a ese futuro glorioso es el camino de humilde servicio en beneficio de los demás. Volvemos a las palabras con que comenzó nuestro texto: *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”*. ¿Cómo lo podemos hacer? Cuando vemos que ese camino en Cristo llevó a su exaltación a todo poder. Cuando vemos que el que murió abandonado en la cruz es nada menos que el Dios Altísimo mismo, dándose en amor para beneficiar a nosotros. Cuando vemos que su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz ha ganado para nosotros el perdón completo de nuestros pecados y la plena reconciliación con el Padre celestial contra el cual habíamos pecado.

Y ahora vemos que este mismo Cristo ha ganado para nosotros todo, el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Con eso no nos falta nada. No tenemos que cuidar nuestros propios intereses. Dios realmente con esto nos ha librado para servir como máscaras de Dios, personas a través de las cuales Dios sigue sirviendo y ayudando a nosotros, y por medio de nosotros, a otros. Con nuestro bautismo hemos sido unidos a Cristo en su muerte y su resurrección. Con eso nuestro futuro está asegurado por la fe en Cristo. Y así, siguiendo la vida en forma de cruz de servicio a los demás, nos convertimos en pequeños cristos para los demás, personas que, porque hemos sido librados de nuestra

culpa y condenación en Cristo, ahora somos libres también para servir y sacrificarnos a nosotros mismos porque el cielo y la gloria ya han sido ganados para nosotros por Cristo.

Así, pongamos toda nuestra confianza en Cristo Jesús. No sólo como el que ha ganado para nosotros la salvación, sino también el que nos da poder para servir a nuestros prójimos y hermanos como él ha servido para nosotros. Amén.